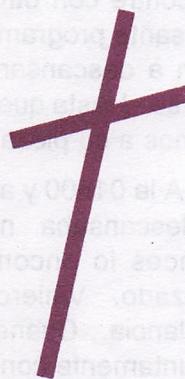
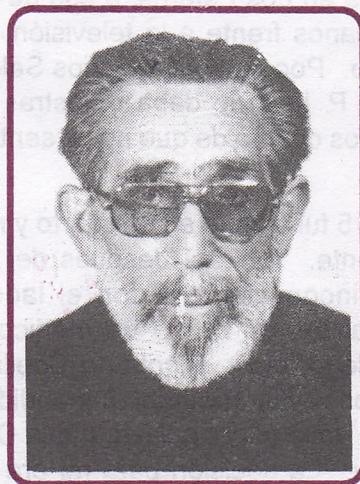


30B035
+03.09.96



P. LUIS GIMENEZ BERNAL

Manta, Diciembre de 1996

Queridos Hermanos y Hermanas de la Familia Salesiana:

Cumplio con el fraterno deber de comunicaros que, a las 12h45 del pasado martes 03 de septiembre, entregó su alma al Creador el Sacerdote Salesiano

P. LUIS GIMÉNEZ BERNAL

a la edad de 83 años cumplidos. Su muerte se veía venir. Incluso se había ido despidiendo de los más íntimos. Pero, para cumplirse una vez más el evangelio, la muerte le llegó de repente cuando no se la esperaba.

La tarde anterior a su deceso el P. Giménez anduvo por las instalaciones del Colegio Salesiano «San José». Había sido su costumbre darse una vuelta de tarde y sentarse en una banca de la cancha de fútbol a rezar el Rosario -con el enorme perro gris a sus plantas-, cuando ya se habían ido los alumnos. Pero esta vez no fue del todo así. Nos encontramos en el Colegio y regresamos juntos, a eso de las 16h00, a la Residencia Salesiana adjunta, donde tomó un refrigerio conforme a recomendaciones médicas. Luego se quedó ojeando los títulos de los periódicos y revistas, ya que su vista no le daba ya para mucho más. Y todo fue normal hasta después de la cena, con su sopa con arroz e infaltable banano.

A mi regreso de la Misa en Los Esteros, a eso de las 21h30, lo encontré con otros Salesianos frente a la televisión, viendo un interesante programa en vivo. Poco a poco algunos Salesianos se fueron a descansar, pero el P. Luis no daba muestras de querer retirarse. Hasta que nos dimos cuenta de que no se sentía bien y lo llevamos a su pieza.

A la 01h00 y a las 06h15 fui a verlo en su cuarto y me pareció que descansaba normalmente. No así después del desayuno. Entonces lo encontramos inconsciente y con el lado derecho paralizado. Vinieron los trajines en busca de médico y de una ambulancia. Cuando ésta llegó, el Dr. Rigoberto Coellar -médico que juntamente con el Dr. José Alvarado habían atendido al Padre durante años- dijo que ya no valía la pena llevarlo a la Clínica, que era sólo cuestión de esperar. La decisión para mí era muy dura. Hasta hablé por teléfono con el P. Inspector. Entonces recordé cómo el P. Giménez se había resistido anteriormente a ingresar en una Clínica, cómo dejó escrito que «en todo momento y en cualquier circunstancia no me practiquen ninguna cirugía en mi cuerpo, aun con peligro de vida», y sobre todo, cómo me dijo la semana anterior que prefería morir entre sus Hermanos en casa. Y así fue como el P. Luis Giménez murió serenamente en su lecho una hora después de haber despedido la ambulancia.

Y se nos fue sin ningún síntoma especial. Tan imperceptible fue su último suspiro que el Salesiano junto a su lecho se limitó a comunicar: «Parece que ha muerto. Ya no respira». Con anterioridad se le había dado la absolución y administrado la Unción de los Enfermos.

En sus «Deseos Testamentarios» del 24 de abril de 1993, el P. Luis dejó escrito, destacando él mismo las palabras con mayúscula: «Es mi deseo muy serio que no me hagan POMPAS FUNEBRES cuando me muera. Encarguen rápido un ataúd de cuatro tablas y, puesto en una camioneta de la Comunidad o de mis amigos, me conduzcan al lugar del sepelio, acompañándome y rezando o cantando. ¡LES RUEGO DIGAN MISAS POR MI ALMA... CUANTAS MAS MEJOR! Y que no me olviden en sus oraciones.»

Para cumplir con su deseo fue enterrado en un ataúd pobre que la Parroquia de la Merced proporciona a las personas de escasos recursos, y en cuanto a Misas, dos Obispos y 34 Sacerdotes celebramos la Eucaristía de sus funerales.

Creemos que fue un detalle de la Divina Providencia el que un grupo de Misioneros Salesianos del Vicariato Apostólico de Macas -donde el P. Luis trabajó como Párroco- estuvieran reunidos en Crucita con su Obispo Mons. Pedro Gabrielli, y que también un grupo de Agentes de Pastoral con el obispo Mons. Lorenzo Voltolini estuvieran ese día en Manta; y que todos ellos vinieran a la celebración de los funerales. También una providencial coincidencia fue, ese mismo día, la visita canónica del P. Luis Sánchez, Inspector Provincial Salesiano, quien tuvo la homilía sobre algunos aspectos de la personalidad del difunto.

SU VIDA EN ESPAÑA

El P. Luis Giménez Bernal nació en Corsá (Provincia de Gerona, España) el 29 de abril de 1913, siendo sus padres Florencio y Eugenia, quienes -según su hijo Cecilio- «tenían una fe inquebrantable y una devoción a la Virgen del Carmen que les salía por los poros. Consiguieron transmitírnosla». Luis fue el sexto de ocho hermanos: cuatro varones y cuatro mujeres.

Estuvo Luis dos años de alumno interno en el Colegio Salesiano de Gerona, ingresando al Aspirantado de Campello (Alicante) en 1925. En ambos colegios lo precedió su hermano mayor Cecilio, quien nos recuerda aquellos tiempos: «Con Luis estuvimos juntos en el Colegio de Gerona y luego, al año de estar yo en Campello, llegó también él. Allí recibimos la visita del entonces Superior General, y hoy Beato, don Felipe Rinaldi. Uno por uno pasamos a saludarlo en su despacho. Yo conservo una estampita que le rogué me firmara. Le pregunté a Luis qué le había dicho, y como llevaba la frente vendada por una brecha que se había abierto jugando, don Felipe le preguntó qué le había sucedido, pues parecía venir de la guerra». (Carta del 29-09-96).

Cuando tuvo lugar la Beatificación de don Rinaldi (29-04-96), el P. Giménez no se sintió con ánimo para acompañar a Roma a los Padres Felipe Palomino y Aurelio Pischedda, que también habían conocido al nuevo Beato; pero siempre manifestó su satisfacción de haber conocido de pequeño al Beato Rinaldi. De hecho, entre las fotografías que el P. Luis guardaba con especial cariño, se encontró la del grupo general de salesianos y aspirantes de Campello, presidida por don Felipe Rinaldi.

En el Aspirantado de Campello estudió Luis Giménez cuatro años de Latín y pasó luego al Noviciado de Gerona. Aquí hizo su primera profesión como Religioso Salesiano el 01 de Agosto de 1930. En Gerona realizó también dos años de Filosofía. Su «tirocinio» o magisterio como salesiano, lo pasó un año en Valencia y tres en Villena (Alicante). Y fue aquí, al final de su cuatrienio de maestro, cuando lo sorprendió el comienzo de la Guerra Civil española (1936 -39).

Este período nos lo recuerda también su hermano Cecilio: «Cuando estalló la guerra, ya en el año 36, emprendió (Luis) viaje a Barcelona para los Ejercicios Espirituales, y pasó por Valencia. En el Colegio estaban don Antonio Martín, como Director, y casualmente el Padre Inspector don José Calasanz. Ambos, ante el cariz de los acontecimientos, le dijeron que se quedara con ellos en Valencia. Luis les explicó que su familia residía en la provincia de Gerona, donde podría refugiarse si llegaba la ocasión. Ante estas razones accedieron a que continuara viaje a Barcelona. Llegar y tener que refugiarse en el túnel del «metro», por los tiroteos que había, fue una misma cosa. Por fin llegó al colegio de Sarriá y al poco se presentaron los milicianos (tropa republicana) desalojándolos del colegio y cacheándolos. Luis estaba muerto de miedo porque llevaba una bala en el bolsillo recogida como recuerdo... No pasó nada y pudo llegar a Palamós (Gerona) quedando con sus padres. Olvidaba decir que en Valencia, después de salir Luis, los Padres A. Martín y J. Calasanz fueron asesinados».

Recordemos que al P. Calasanz Marqués lo mataron en Valencia el 29 de Julio de 1936, y al P. Antonio Martín Hernández, en la misma ciudad el 9 de Diciembre. De ambos está introducida la Causa de Beatificación.

Hemos de pensar, ante lo narrado, que Dios protegía sensiblemente a nuestro salesiano Luis Giménez. Su hermano Cecilio nos narra algunos episodios con visos de providenciales. «A casa de mis padres fueron en una ocasión unos milicianos preguntando no sabían bien por quién, y se armaron tal lío que se marcharon prometiendo regresar mejor informados.... ¡las cosas de Dios!. Por entonces lo movilizaron (en el ejército republicano) y fue a parar a Valencia en una unidad militar. Le avisaron al poco tiempo que fuera a Barcelona para unirse a una expedición con la que cruzar la frontera francesa. Vino a Barcelona, pero al final no

pudo unirse a la expedición, pretextando que eran demasiados. Por desgracia, los temores de quienes la dirigían se confirmaron, y se cargaron (eliminaron) la expedición. Luis regresó a Valencia tras dos meses de ausencia y no pasó nada.»

Pero tuvo que ocurrirle a Luis lo más sonado de su vida militar en el campo republicano: su paso a la zona nacional de Franco. Se lo hemos oido contar varias veces con gran emoción. Veamos cómo lo describe su hermano Cecilio, quien era oficial en la zona franquista. «Al poco tiempo, con su unidad, le mandaron (a Luis) al frente de Aragón, base en Barbastro. Actuando como brigada tuvo que ir a Lérida, de compras para la Compañía, y al regresar, venía en dirección contraria una turbamulta como huyendo de algo. Preguntó, y era que los nacionales habían iniciado una ofensiva y estaban llegando a Barbastro... Orden al conductor de que acelerara la marcha; y, ya en Barbastro, se escondió en unos sótanos. Cuando calculó que los nacionales habían ya tomado la población, salió y se presentó. Estaba ya en la zona nacional». Cecilio sacó a su hermano Luis del campo de detención de la zona franquista y lo dejó en el Colegio de Salamanca.

Al finalizar la guerra en 1939 don Luis se reintegró a su Comunidad y pasó al Teologado Salesiano de Carabanchel Alto, en Madrid. Allí cursó el primer año de Teología, recibiendo la Tonsura el 30 de Junio de 1940, de manos del salesiano Mons. Marcelino Olaechea, entonces Obispo de Bilbao y luego Arzobispo de Valencia. Otros dos años de estudios teológicos los realizó en Gerona, recibiendo las Ordens Menores y el Subdiaconado. La Santa Sede le concedió Dispensa Especial del cuarto año de Teología, a causa de la guerra de España, recibiendo en Barcelona el Diaconado (20-12-14) y el Presbiterado (30-05-42) de manos de Mons. Miguel Díaz Gómara, Obispo de Barcelona.

Don Luis se estrenó de sacerdote en el Colegio Salesiano de Sarriá (Barcelona) como profesor, asistente y luego Catequista o encargado de la Pastoral. En 1946 fue destinado a Villena, donde estuvo seis años como Director, dando muestras de gran entrega y madurez sacerdotal. Su labor apostólica dejó profundas huellas entre alumnos, exalumnos y población. Varios de sus discípulos, de aquellos tiempos han sido constantes en escribirle y mandarle alguna ayuda hasta su muerte. Cada año esperaba con interés la

llegada de los dos gruesos y lujosos volúmenes de los Festejos de Villena, de la que había sido declarado «Hijo Adoptivo» por parte del Ayuntamiento.

Hablabía siempre de Villena como de su patria chica y conservaba el recuerdo de las fotos-postales de la ciudad y de su querido Colegio Salesiano «María Auxiliadora».

SU VIDA EN EL ECUADOR

Estando el P. Luis en Villena le llegó la Obediencia -para la que él se había ofrecido- de venir al Ecuador. Desconocemos los detalles de la despedida de su querida ciudad de Villena. Pero conservamos el recuerdo de su hermano Cecilio: «Vine a despedirme desde Marruecos y yo, aunque dulcemente, le recriminé irse a Misiones dejando a nuestra madre, ancianita ya, con la pena de tenerle tan lejos... Su contestación: El Señor me ha indicado ese camino para mi santificación y ¡ay de mí si no lo sigo!». Respuesta ciertamente de acuerdo con su temperamento y con su opción radical por cuanto se refería a Dios.

Al Ecuador llegó el 28 de agosto de 1954. Y aunque vino como misionero, el P. Felipe Palomino, Inspector Salesiano que entonces lo recibió, dice que no lo destinó a las Misiones del Oriente porque los Superiores de Turín le indicaron que no lo mande, dada su delicada salud; y que por eso lo dejó en Cuenca como Catequista del Colegio Técnico y a cargo de lo que hoy es Edibosco. En Cuenca se dedicó a las clases de Religión e Inglés, a la corrección de los famosos «chorizos» de las pruebas tipográficas y al ministerio sacerdotal como confesor en el Aspirantado y Santuario de María Auxiliadora. Y viéndolo tan entregado a su Sacerdocio, Mons. José Pintado, Obispo de nuestro Vicariato, logró que el P. Giménez, pese a su siempre frágil salud, fuera destinado como Párroco de Macas, donde trabajó tres años de gratos recuerdos.

En 1966 vuelve a Cuenca, recién creada la nueva Inspectoría salesiana con la zona sur de la Sierra y parte del Oriente. Es nombrado Director de la Casa Inspectorial a la par que Consejero; y luego, Vicario Inspectorial. Mientras, era Capellán de la Escuela «Cornelio Merchán». Y sin salir de Cuenca, en 1970 lo tenemos de Prefecto (Administrador) en el nuevo Colegio Técnico. Un año

después viaja a Roma para unos Cursos de Espiritualidad que sigue en el Teresianum y en la Universidad Gregoriana, residiendo en el Mandrione.

A su regreso en 1972 trabaja cinco años en el Aspirantado y dos en el Santuario de María Auxiliadora de Cuenca. A los problemas que siempre tuvo del estómago y de la vista, se le unen ahora los del corazón, que aconsejan su traslado a la Costa.

Desde 1979 trabaja en las Comunidades Salesianas de Guayaquil donde se necesitaron sus servicios: Don Bosco, Cristóbal-Data y Santistevan. Concentra su apostolado principalmente en el Sacramento de la Penitencia y dirección espiritual. Como tal, es muy aceptado y buscado.

A la Comunidad Salesiana de Manta llega el P. Luis Giménez en 1986. Tiene ya 73 años; y en cuanto a salud, con diversos problemas que vienen de largo. Pese a ello se dedica completamente a su ministerio sacerdotal en nuestra Parroquia del Rosario de Tarqui y en el Colegio «San José». Sobre todo, es el confesor infaltable durante casi todas las misas hasta unos meses antes de su muerte.

Durante varios años celebró diariamente en la Parroquia la misa de las 06h30, siendo temporalmente el encargado de abrir el templo. En una ocasión hasta lo asaltaron, haciéndose famoso el caso por una publicación y una caricatura en el periódico local. El Padrecito creyó que lo abrazaba por detrás algún borracho mientras metía la llave, y el forcejeo por liberarse le costó algunos cortes en las manos. El ladronzuelo ciertamente era de otro barrio.

En la última etapa de su existencia dio nueva tonalidad a su vida religiosa El Cenáculo o Grupo de Oración, del cual se sintió Guía Espiritual querido por Dios. Las reuniones de oración en el Grupo y los artículos semanales en la prensa local con mensajes marianos hicieron vibrar lo más profundo de su espíritu. Y todo ello fue para el P. Luis Giménez motivo de inmenso gozo apostólico, al sentirse llamado por Dios para una gran misión, a la par que le sirvió de dolorosa purificación interior por las inevitables incomprendiciones.

RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Aunque muchos han quedados expresados en lo escrito anteriormente, completaré con alguna otra característica de su persona.

*** SACERDOTE MUY ESPIRITUAL**

El hecho de reintegrarse a la Comunidad Salesiana después de la odisea de la guerra civil, expresa su firme decisión de entregarse a Dios para siempre como sacerdote. El Sacerdocio se convirtió para el ex-miliciano pasado a la zona franquista en objetivo esencial de su vida. Tal es la conclusión que se saca de las expresiones -de su puño y letra- que se encuentran en las cartas de petición de las distintas Ordenes Sagradas.

Así, por ejemplo: «siendo el Sacerdocio mi más firme propósito.....» (Tonsura, 28-05-1940); «...dando así un paso más hacia la Sagrada Meta que tan ardientemente deseo alcanzar» (Ostiariado y Lectorado, (15-12-40); «.....siendo éste (Sacerdocio) mi más ferviente anhelo» (Subdiaconado, 27-04-41); «Siendo mi más firme deseo llegar cuanto antes a la meta anhelada del Sacerdocio» (Diaconado, 08-11-41). Y, sobre todo, cuando piden la Orden del Presbiterado: «No dudo que mi fervorosa petición se verá atendida, pudiendo así ver logrados mis anhelos que por espacio de 17 años largos han mantenido vivas mis esperanzas» (02-04-42).

El P. Giménez se sintió siempre y presentó como sacerdote, y ha sido esta característica lo primero que en él han experimentado quienes lo conocieron. El ser Profesor, Administrador, Párroco o Vicario Inspectorial fue siempre para él algo accidental respecto a lo sustancial de su Sacerdocio.

Y fue un sacerdote muy espiritual. Quienes lo trataron, mucho o poco, es algo que siempre recuerdan. Por eso lo buscaban de manera especial los que tenían algún grave problema o aspiraciones superiores. Hasta el final de sus días se lo vio atendiendo espiritualmente a alguna persona en un banco del patio ya vacío.

Como tal figura ya en las observaciones previas a la emisión de votos y petición de Ordenes Sagradas, en las Actas de los correspondiente Consejos de las Casas salesianas e Inspectoría.

Hasta que se lo permitió la salud, estuvo siempre en los actos comunitarios de capilla y comedor, aun cuando ya no veía para rezar las Horas ni oía bien la lectura común. Preguntaba casi siempre por el salesiano que faltaba. Había sido formado en la disciplina comunitaria y tenía un vivo sentido de la vida en común.

En cuanto a los votos y sus virtudes se mostró ejemplar.

Tenía, con autorización de los Superiores, la administración de unos centavos que recibía de España, para materiales y estampillas de su correspondencia epistolar. En ocasión de su Onomástico y de la Navidad, hacía partícipe de esos ahorrillos a la Comunidad para que en la mesa hubiera algo especial. Nunca se permitió lujos indebidos, y llevaba escrupulosas cuentas de sus gastos.

Los niñitos eran los preferidos de su afecto. Y sufria y reía cuando, a veces, se asustaban de su barba blanca los pequeñines en brazos de sus mamacitas. Se podía estar siempre seguro de su rectitud y buen corazón. Y, desde luego, no era de los que seguían un programa televisivo menos conveniente, por mucho que le entretuviera la televisión.

Por Obediencia se trasladó siempre donde le indicaron los Superiores, sin ninguna clase de resistencias. Alguna vez me habló de cambiar de casa, estando en Manta. Pensaba que en otra comunidad salesiana podía ser más útil. Pero fue comprendiendo que también en otro lugar iba a presentársele el mismo problema de no poder tener -por su salud- mayores responsabilidades de trabajo. Y esto para un Salesiano habituado a la acción es un gran sufrimiento.

* DE SALUD DELICADA

Antes de su llegada al Ecuador, le habían realizado en España la ablación total del estómago, habilitando en sustitución el intestino grueso. Esa drástica intervención quirúrgica, con las técnicas de hace más de 40 años, le produjo siempre molestias durante la digestión. Lo peor de los últimos años fueron los cólicos. Muchos lo recordamos, en la época del antiguo Aspirantado de Cuenca, aletargado después del almuerzo en el sofá del corredor frente a la biblioteca, «arrullado» por los gritos de los animados juegos de la bandera de los aspirantes.

A estos problemas de salud se le unieron posteriormente otros, ya en el Ecuador. Principalmente los de la vista y del corazón.

A los inevitables sufrimientos y molestias correspondió el P. Giménez con su aceptación ante el Señor y ofrecimiento personal por su purificación y conversión de los pecadores. Esto viene en él desde muy antiguo. El sentido de víctima expiatoria, al estilo de nuestro salesiano Venerable Andrés Beltrami, lo tenía él muy claro. Y lo mantuvo hasta el final de sus días, animado por las revelaciones de Fátima y por otras particulares de las que estaba muy bien informado.

* APOSTOL A LA DISTANCIA

Oír el tableteo de la máquina de escribir en su cuarto era algo habitual. Lo recuerdo desde los lejanos años de Cuenca. Mantenía una nutrida correspondencia epistolar con familiares y amigos de España. Y llevaba rigurosa cuenta. Dejó una lista numerada, con nombres y fechas, de 2.167 cartas al Exterior escritas durante poco más de veinte años. Me repitió varias veces que ése era su apostolado. Las últimas tres cartas se las escribió yo, al final de sus días, bajo su dictado y con su firma, a quienes se extrañaban de su silencio epistolar. Debieron de recibirlas los interesados poco después de la muerte del P. Luis.

En los últimos años sus sentidas reflexiones sobre cuanto le rodeaba -y en referencia a Dios-, le salieron de lo más profundo en forma poética. Me las mostró. Se trataba de poemas reveladores de su intensa vida espiritual y cariñoso recuerdo de familiares y amigos. La Comunidad salesiana de Manta decidió la publicación de algunos de esos poemas, seleccionados por el mismo autor, en ocasión de los 60 años de su vida religiosa. Se trataba de ampliar los horizontes de su apostolado epistolar. En 1990 salió el libro con un centenar de poemas en más de doscientas páginas. A la postre, con los donativos que le llegaron de España, se pagó la publicación.

*** CREYENTE TAMBIEN HUMANO.**

Era un hombre de fe. Ella impregnaba toda su vida lanzada hacia lo trascendente, con ímpetus de profeta. Y no sólo creía en las verdades del Credo. Con valentía defendía cualquier doctrina de la Iglesia que él creía amenazada. Y conocía, para hacerlo, los documentos respectivos publicados en revistas de las que fue, mientras pudo, ávido lector.

Pero su fe se extendía a cosas no tan trascendentales; diríamos que humanas. Todos lo recordamos como uno de los entusiastas defensores de los OVNI y sus tripulantes, cuando el mundo sorprendido se burlaba de quienes decían haber visto «platillos voladores». La existencia de esos seres era para él una manifestación de la Omnipotencia Divina. Hubiera sido muy poco para Dios la creación de solamente un ser inteligente en el planeta Tierra dentro del «infinito» Universo.

*** PREPARADO PARA LA MUERTE.**

En el P. Giménez, como en quienes pasamos de los cincuenta, debió de influir mucho la clásica formación que hacía hincapié en los Novísimos. Porque lo cierto es que el P. Luis hablaba de la muerte con naturalidad, como de algo o alguien con quien encontrarse a la vuelta de la esquina. Ya en su tiempo, su gran amigo el P. Cayetano Tarruell (q.e.p.d.), bromeaba diciendo que el P. Giménez siempre hablaba de morir, pero que no acababa de hacerlo.

Durante sus últimos años vivió pendiente el P. Luis de su gran encuentro con el Señor. Y hasta tuvo tiempo, para despedirse patriarcalmente del círculo de los más íntimos, como a quien llega el momento de emprender un viaje por largo tiempo deseado.

Resultan al respecto muy significativas las palabras de su hermano Cecilio: «Me constaba, por habérmelo contado en sus múltiples cartas, que estaba «suspirando» por irse al cielo. Tal vez no se dio cuenta de que se moría; pero tengo la firme convicción de que, de enterarse, habría recibido la mayor alegría de su vida... Ha sido su auténtica y deseada liberación».

Queridos Hermanos y Hermanas de la Familia Salesiana:

Al manifestarles algo de lo que fue e hizo nuestro Hermano difunto, presento mis sentimientos de admiración y afecto al hermano mayor Cecilio, que fue el alma gemela de la vocación sacerdotal salesiana de Luis, a quien apoyó hasta la muerte.

Asimismo hago llegar los agradecimientos a la Inspectoría Salesiana de Barcelona, que generosamente se desprendió de Luis ya sacerdote.

Y pido a todos la oración común para que el Señor nos conceda la dicha eterna junto a nuestro hermano Luis y envíe a nuestra Congregación vocaciones de su talla, apóstoles como él de la devoción a la Santísima Virgen.

Una oración por esta Casa y por vuestro afmo. en Don Bosco Santo.

*P. Adolfo Alvarez Román
Director*

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote: **LUIS GIMENEZ BERNAL**

Nació el 29 de abril de 1913, en Corsá (Gerona, ESPAÑA).

Murió el 3 de septiembre de 1996 en Manta (ECUADOR) a los 83 años de edad, 66 de Profesión Religiosa y 54 de Sacerdocio.